

# La historia de mis padres

Leonor Ángela Cabezón Caballero

Guzmán, lugar de la provincia de Burgos, tierra bendecida, donde nació el padre de Santo Domingo de Guzmán. Corría el año 1923 y aquel hermoso pueblito, suspendido en su cotarro que lucía su alta torre para deleite de sus vecinos, y los de los alrededores, ya les quedaba chico.

Primero mi padre, Saturnino Cabezón, el quinto de seis hermanos, acompañado de su mejor amigo, Atilano Portillo, emprendieron la gran aventura. ¡A Buenos Aires! En aquel entonces sonaba a felicidad, a sueños... Más atractivo aún por tener un hermano mayor, que vivía en esta ciudad y tenía una pensión en la calle Córdoba al 700. Apenas llegados, lo primero que piensan es en trabajar. ¿Qué habían hecho siempre? Agricultores. Se anotan para ir a levantar la cosecha. Tenían solamente que llevar un colchón. Y allí fueron. Fallida experiencia, ya que eran muchos los peones y tenían que dormir después de un arduo día de trabajo, todos juntos en un gran galpón, donde para mitigar el frío quemaban ramas verdes, y no se podía respirar por el humo. Total terminaban afuera.

Volvieron. Mi padre se emplea de lavacopas en una lechería, comercios tipo bar donde daban desayunos, comidas rápidas; trabajaban durante todo el día. Hoy han desaparecido. Muy habilidoso de lavacopas terminó siendo cocinero en poco tiempo.

Pero en el pueblo había quedado su noviecita de toda la vida, mi madre, Ángela Caballero. Bonita, decidida y valiente se va a Bilbao a preparar su partida. Informe de buena conducta del ayuntamiento de Guzmán, certificado de salud y pasaporte. Hace la travesía en el buque "Lípari" en tercera clase, en un camarote con siete compañeras más. Ella llena de esperanza, la mayoría lamentos ¡Cielo y Agua! ¡Cielo y Agua! Pero luego de varios días de viaje arriba al puerto de Buenos Aires.

Una de las que compartían el camarote, mujer mayor, decía haber estado en esta ciudad antes y contaba que era peligroso para las jóvenes, que no escucharan a nadie y que llevaran la cabeza cubierta. ¡Pobrecita mía! El barco tenía llegada por la tarde pero llegó en la mañana. En el puerto no había nadie esperándola. Preguntando lo menos posible y con su clásica valija de cartón se dirigió a la calle Córdoba, donde por fin estaba mi padre. Feliz encuentro, esa misma tarde la fue a buscar un tío y la llevó a la casa de un hijo suyo con el que vivía.

Su primo era casado, su mujer argentina y tenía tres hijos. Rápidamente se convirtió en la mejor colaboradora y contó con el cariño de los niños principalmente. Con mi padre se veían domingo por medio y con el tío siempre presente. Cuanto antes se casan y también ellos alquilan una pensión en la calle Guido 1720, que mi madre manejaba y mi padre tenía un corretaje de venta de corbatas para hombre. En ese lugar nazco yo y al año nace un hermano que a los cuatro meses muere de bronconeumonía.

Lo que primero se compra mi madre es la máquina de coser “Singer”, y con una valijita de madera fue a tomar algunas clases de corte y confección (valijita que me sigue acompañando). Es así que dejan la pensión, y con un matrimonio amigo alquilan un departamento. Mi padre le lleva trabajo para terminar en casa. Ese es el comienzo. Mi padre vende de mañana y teje por la tarde en una máquina rectilínea a mano las corbatas tejidas que estaban de última moda. Sus clientes eran las mejores casas de artículos para hombre, donde se hace muy apreciado, cosa que compruebo en algunos encuentros con gente como Rother’s, Gath y Chaves, Touriño, Metrópolis.

Pero también surgen cosas curiosas: en su paso por Buenos Aires, Aristóteles Onasis le pide para vender corbatas, que las ofrecía por la calle y luego de vendidas se las pagaba. Nunca lo olvidó y yo presencié varias veces, en Mar del Plata, la visita en la playa del Sr. Demetrio Eliades, testaferro de Onasis en Argentina, ofrecerle lo que necesitara. Nunca gracias a Dios lo necesitó, pero para mi padre fue un motivo de orgullo para siempre.

Feliz con lo que hacía, rápidamente se convierte en un empresario creativo y emprendedor. Su fábrica textil tiene conexiones internacionales comprando maquinaria y exportando. Le inquietan los adelantos en esa especialidad y visita las exposiciones de Brasil, Inglaterra, Alemania, España (Cataluña).

De producir corbatas, pasa a prendas elásticas, protección deportiva, indumentaria escolar y ropa deportiva. En esa empresa han transcurrido muchos años de trabajo, apremios, ilusiones, un camino que Dios quiera no tenga fin. Allí se suma, una vez recibido mi esposo, hijo de burgaleses de Santa María de Rivaredonda y Arauzo de Miel, luego siguen mis tres hijos, una contadora, una licenciada y un ingeniero textil.

Vuelvo a la vida de mis padres que transcurre con mucho tesón y trabajo hasta que a los treinta y cuatro años mi madre comienza con un proceso difícil de insuficiencia cardíaca. Esta circunstancia convierte a aquella muchacha alegre y cantarina en una persona cada vez más temerosa y con severos problemas de salud. Yo tenía entonces 11 años y desde allí me convertí en una personita con algunas responsabilidades, cada vez más, ya que tratamos que fuera lo más feliz posible.

Es así que con autorización médica en el año 1948 hacemos un viaje a España, en el barco Juan de Garay, argentino. Llevamos el coche con nosotros. Íbamos juntos tres familias amigas del Centro Burgalés, el Sr. Mariano Ibáñez, su señora y dos hijos; y el Sr. Juan Manuel Berzosa, su esposa y dos hijas pequeñas. Ellos también volvían por primera vez a su tierra, el Sr. Ibáñez era de Canicosa de la Sierra (Burgos) y el Sr. Berzosa de Hontoria del Pinar (prov. de Burgos). Los once disfrutamos de todas las comodidades y entretenimientos que ofrecía el barco. Lisboa fue nuestro destino y una vez en el puerto nos dirigimos a la frontera. Esa noche no pudimos pasar la Aduana, ya era tarde. Sabiendo que del otro lado nos esperaba un ser querido a cada familia, al no haber hospedaje, nos dispusimos a pasar la noche en el coche. Difícil para nosotros por mi madre.

Pero a la mañana siguiente allí estaban. ¡Qué alegría! Un hermano de mi padre Alejandro. El suegro de Mariano Ibáñez y un hermano de Juan Manuel Berzosa. Luego de los abrazos y alegrías, allí nos separamos. Nos encontramos varias veces en las fiestas de San Pedro y San Pablo en Burgos, en Covalada; vinieron al pueblo de mis padres, y fuimos a Hontoria otra vez. También paseamos juntos por Galicia. En tanto nosotros nos dirigimos a Soria, pasando por Talavera de la Reina e hicimos noche en Madrid donde festejaban las verbenas de San Isidro, y de allí a Soria.

Mi madre con el cariño de todos y la orientación del médico se repuso. Es así que emprendemos el destino real de nuestro viaje. ¡Guzmán! No queda muy distante. Cerca del mediodía llegamos a la casa paterna. Un poco antes mis padres aprovechando un riachito<sup>1</sup> que cruzaba el camino se peinaron y compusieron. Y allí rodeados de mis tíos y primos, sentados en el cuarto, recibimos el saludo de todo el pueblo. Para mí todos los nombres eran conocidos ya que mis padres no dejaban de mencionarlos en ninguna comida o rato de descanso. Para ellos era volver a ser chicos, a ser jóvenes y realmente lo eran, eran jóvenes pero ¡habían vivido tanto!

La vida del pueblo a mi me encantó, posguerra, íbamos a buscar el agua a la fuente. Mi tía cocinaba unos platos muy ricos en aquella cocina tan elemen-

<sup>1</sup> Riachuelo (N.E.).

tal, donde armaban el fuego con sarmientos y, con el alcohol que tenían, enseñada crujían, los cazos, las cazuelas de barro le daban un sabor especial.

Me encantaba la loza, el porrón, todo era para mí un motivo de alegría. Luego cuando tuve que poner alguna cosa, siempre tuvo gran influencia aquello que había conocido antes. Llevar la comida al campo, en el burro. El día de lavado, por la mañana, salíamos en grupo con mi prima y sus amigas hasta el río en su parte más correntosa, se lavaba y luego se tendía sobre los espinos. Mientras tomábamos chocolate y cantando se pasaba el rato volviendo con la ropa lista. Muchas tardes íbamos a bailar al pianillo, los días importantes con altoparlante.

Visitamos a toda la familia. En Aranda de Duero (Burgos), en Bilbao, donde conocí a mi abuela, me parecía tan viejita, tenía 82 años, pero una energía, la llevamos al pueblo. Los días de fiesta bailaba como una muchacha.

¡Hermoso viaje! Cargado de amor, alegrías y remembranzas.

Cuando mi padre enviuda decide vivir siempre en verano<sup>2</sup> y al llegar el mes de abril partía para España volviendo sobre diciembre a las fiestas navideñas. A todos nos daba mucha alegría por verlos y por qué no, a las maletas llenas de regalos también.

Inquieto funda una empresa textil en Castilla que produce los mismos artículos que la de Buenos Aires.

Estos viajes los hizo, con su segunda esposa, excelente compañera, también de Guzmán, muy cariñosa con él y con toda la familia; vive aún en Soria. Siempre que es posible la visita alguno de nosotros.

Viajó desde los 56 años hasta los 89 sin faltar un solo año. Con domicilio cercano al Centro Buralés, era asiduo concurrente a la partida de cartas de todas las tardes. Muy buen jugador siempre. En los últimos días lo único que le entretenía era jugar una partida con nosotros. Fue presidente un período en el Centro Buralés, y ayudó todo lo que pudo para cambiar de sede primero, y luego en lo que fuera necesario.

He querido en este largo relato ser fiel a aquellos inmigrantes que fueron un ejemplo para la sociedad, pero sobre todo para sus familias. Mi hija es hoy presidenta del Centro Buralés y mis once nietos han pisado casi todos la querida tierra burgalesa.

Maravilloso ejemplo para comenzar a vivir.

<sup>2</sup> Se refiere, por el sentido, en España (N.E.).